

asegurando su poder, para hacer las elecciones en ventaja suya. Sus principales miembros pasáron de la diputacion de Paris á la Convencion nacional, dejando en su lugar dignos sucesores suyos. Con tan buenos auspicios hizo la Convencion la abertura de sus sesiones, rodeada de los puñales del ayuntamiento parisiense, y otras tramas aun tan peligrosas de los agentes del extranjero.

§ III. Convencion nacional. — Abolicion del trono.
— Morada de la familia real en el Temple.

La Convencion nacional abrió sus sesiones el 21 de setiembre de 1792, y se componia de elementos muy heterogéneos. La mayoría estuvo al principio indecisa y vacilante, pero muy pronto se reunió á un grupito de

diputados, que, en tiempo de la legislatura, se llamáren girondinos. Este partido se componia de puros republicanos, á los que se unieron algunos miembros de la asamblea constituyente, muchos constitucionales libertados del naufragio, y una masa incierta, moderada por temperamento, y débil por carácter, unida por un momento al partido girondino, al que se sentia naturalmente inclinada, pero de la que el menor peligro debia separarla. De este modo se hallaba compuesta la mayoría de la Convencion, á cuya cabeza se distinguian los Condorcet, los Vergniaud, los Louvet, los Guadet, los Rabaut, los Gensonne y los Barbaroux, oradores elocuentes y zelosos republicanos, que querian establecer la libertad por las leyes, poner

un término eterno á los excesos de la anarquía, y castigar los crímenes cometidos á nombre de la patria. Boissy de Anglas, Lanjuinais, y otros muchos hombres respetables por su probidad, sus talentos y moderación, se unieron á los girondinos, y dirigieron la asamblea. Su influencia hizo, que se apoderasen del poder ejecutivo, elevando al ministerio á Roland, Servan y Clavieres; pero no tenían ya la fuerza verdadera activa.

Otro partido menos respetable y numeroso aunque más atrevido, apoyado por el ayuntamiento, se apoderó del lado izquierdo del salón de las sesiones, que había sido ocupado por los patriotas en las asambleas precedentes. Este sitio, amado ya de la nación, era muy ventajoso á los diputados que

le ocupaban, porque, las mas veces, tienen mayor influjo las señales exteriores, para las masas populares, que no los sólidos argumentos. Este partido que tomó el nombre de *la montaña* porque se sentaba en los bancos mas elevados del lado izquierdo, se componia de elementos discordes, y le dominaba un triunvirato formado de Robespierre que, bajo el velo de un republicanismo desinteresado, trataba de hacerse un tirano; de Danton, el Mirabeau de la Convencion, que no habiendo podido justificarse de los excesos cometidos en su ministerio, y despreciado de los girondinos, estaba resuelto á emplear contra ellos sus talentos y valor, y hacer perecer hasta el último de sus enemigos por salvarse él: enfin Marat, feo física como mo-

ralmente, á quien nadie osaba mirar como aliado, y cuya amistad era seguramente para todos los representantes una mancha, ejercia, á pesar del desprecio con que se le trataba, un ascendiente prodigioso, pagado por el extranjero para que deshonrase la revolucion; poseido de un delirio impenetrable, no hablaba sino de suplicios y de sangre, y solo el se atrevia á elogiar las mortandades de setiembre, pidiendo aun trecientas mil cabezas, para asegurar el bien de la república. Cierta del consentimiento del pueblo, en sus absurdos sanguinarios, la faccion á quien pertenecia le encargaba siempre de proposiciones las mas necias. Los hombres mas feroces eran muy moderados proponiendo, despues de él, medidas violentas, exaltadas y atroces.

Los Tallien, los Billaud y los Heron, autores de los asesinatos de setiembre, fuéron entónces otros tantos bandidos subalternos enviados por el ayuntamiento de Paris á la asamblea para organizar el terror, y ocupaban tambien la montaña; se veian allí hombres de buena fe, pero sin educacion, que no veian igualdad sino en el olvido de todo género de atenciones y maneras cultas, ni justicia sino en la reparticion de las riquezas. En la primera línea de estos montañeses extraviados se sentaban el carnicero Legendre y el pintor David; y mas tarde, cuando la montaña reunió todo el poder, los temerosos que llegaron á la Convencion, sin principios ni voluntad, se refugiaron á ella como puerto de salvacion. Algunos quisieron tambien merecer

sus aplausos por actos violentos que fingian contra su carácter; tal hicieron Barere y Herault de Sechelles, los dos moderados por temperamento, y sanguinarios por el miedo. En fin los admiradores de Robespierre, y que no aspiraban sino á ocupar su segundo lugar, como los Saint-Just y los Couthon, completaban esta formidable liga, en la que se ocultaba el duque de Orleans, llamado hacia poco Igualdad, por el ayuntamiento de Paris. No puede decirse verdaderamente que este príncipe tuvo un partido en la Convencion, aunque algunos diputados trataron de ponerle la corona; algunos desorganizadores, particularmente los menores con Danton á su cabeza, tomaban su dinero sin servirle, pues todos los representantes conocian que su eleva-

cion no seria aprobada por el pueblo, ni en circunstancia alguna sirvió de pretexto á un movimiento serio. Era en el ejército donde podia tener mas partidarios, porque Dumouriez, Biron y Valence tenian el deseo de elevarle al trono; pero aunque algunos oficiales tuviesen miras particulares, el ejército no reconocia sino la Convencion, y esta conducida por las circunstancias, no pensaba en Orleans, que no sea en particular para presentarle al pueblo como espantajo, y acusar á sus contrarios, como cómplices, con este fantasma del trono.

Desde su primera sesion, se distinguió la Convencion nacional de las asambleas precedentes, por el entusiasmo y rapidez de sus decisiones. No bien constituida aun, se declaró autorizada con todos los derechos de sobe-

ranía, y acerca de la mocion de Gre-
goire, miembro suyo, decretó por acla-
macion la abolicion del trono, y el res-
tablecimiento de la república, una é
indivisible, reuniéndose todos los par-
tidos para apoyar este decreto, que
se votó con transporte y aclamacione
de ; Viva la libertad !...

Octubre.

A pocos dias se encendió la guerra
entre los partidos, empezando los gi-
rondinos por acusar indeterminada-
mente á los partidarios de la dictadura,
y el partido opuesto, tachando de ca-
lumniosa esta acusacion, requirió á los
girondinos para que presentasen he-
chos.

Lasource subió á la tribuna, y habló
del proyecto formado por el ayunta-
miento, á fin de disolver la Convencion
del modo que habia intentado antes

impedir su reunion. Acusó á Merlin de
Thionville de haberle amenazado con
el asesinato, y Barbaroux, denun-
ciando formalmente á Robespierre,
citó algunas palabras del hipócrita, que
tendian á la dictadura, designando tam-
bien á Panis y Sergent como cómpli-
ces suyos.

La mayor confusion reinó desde
entonces en la asamblea, y la represen-
tacion nacional se convirtió en un campo
de gladiadores. Danton trató de resta-
blecer la calma, proponiendo la pena
de muerte á los partidarios de la dic-
tadura, y Robespierre sostuvo la mocion
de Danton. Continuáron las denun-
cias, y los girondinos ofrecieron probar
sus acusaciones, leyendo pasquines
en que Marat pedia formalmente la dic-
tadura, y que habia tenido parte en las

mortandades de setiembre, provocando igualmente el asesinato por carteles sanguinarios, en que pedia sin cesar doscientas sesenta mil cabezas.

Marat, à pesar de los testimonios del mas profundo desprecio, subió à la tribuna muy tranquilo, y se defendió sosteniendo con nuevos argumentos las proposiciones infames que se le imputaban. En seguida tomaron la palabra los girondinos uno tras otro, y leyeron muchos folletos del monstruo. Vergniaud denunció la providencia del ayuntamiento del 2 de setiembre, en que se hallaba la firma de Marat; confundido de todos modos, tartamudeó una mala defensa, y concluyó por una escena de melodrama, sacando de su bolsillo una pistola con la que amenaza-

ba à su vida. Se pidió un decreto de acusación, que no tuvo otro efecto que descubrir gérmenes de discordia en la asamblea, y odios profundos, que debían acarrear la ruina de uno de los partidos.

Se renovaron muchas veces estas escenas, y Roland, con los girondinos, no cesaba de atacar à los anarquistas; la Convencion nombraba al mismo tiempo diversas comisiones que debían ocuparse de dos grandes objetos de la session, como la organizacion de la república y el proceso de Luis XVI.

En este tiempo, el desgraciado monarca se hallaba encerrado en el Temple, bajo la custodia del ayuntamiento, y se agravaba su suerte por los malos tratamientos que sufría. Le privaron inmediatamente de sus sirvientes,

por un expreso mandamiento; Clery, antiguo ayúda de cámara de su hijo, fué el único que dejaron en su compañía; en seguida le separaron de su familia; no se le permitió comunicar con ella, sino á las horas de comer; y mas tarde hasta este consuelo le arrebataron. Le quitaron con toda formalidad los instrumentos cortantes que tenia en su poder, temiendo que se diese la muerte; no le dejaron cuchillo ni tenedor, y todo cuanto se creia urgente pedir para su uso, era un motivo escandaloso de discordia para el ayuntamiento; se ventiló, con la mayor gravedad, mientras muchas horas, la cuestion de saber si se enviaria un dentista á su hija, atacada de una fluxion, y cuando se le concedió este favor, que reclamaba la humanidad, se habló de

la clemencia y generosidad del pueblo soberano. En fin, para hacer mas desgraciada aun la situacion de Luis XVI, dió el ayuntamiento la comision de vigilarle en el Temple á los dependientes municipales mas exaltados en política, que aumentaron con su ferocidad y brutalidad, el infortunio de este príncipe. Si preguntaba amigablemente alguna cosa á estos malvados, encontraba por respuesta una grosería, y si á su presencia hablaban de los asuntos del dia, no ocultaban su deseo de ver saltar la cabeza de Capet. Otras veces, Dorat-Cubieres, antiguo poeta empalagoso, y despues marques, espiaaba sus menores movimientos para ponerlos en ridiculo, á la presencia del ayuntamiento, con sus asquerosos sarcasmos. Luis soportaba esta lenta ago-

nía con la mayor firmeza y estoicismo, y si habia sido débil sobre el trono, tuvo, á lo menos, entre cadenas, la gloria de demostrar el doloroso valor de la resignacion.

§ IV. Sentencia y muerte de Luis XVI.

Cuando todo estaba en la mayor agitacion, se instruia el proceso de Luis XVI. Peticiones de todas las secciones, y un gran número de diputados, habian pedido ya en las primeras sesiones, y con la mas cruel impaciencia, que se activase el fatal proceso. La Convencion, para responder á tan reiteradas demandas, nombró una comision de veinte y cuatro miembros, para que examinase las piezas que servian de base á la acusacion.

El 7 de noviembre hizo Mailhe, á

nombre de la comision, una relacion sobre la que presentó las tres siguientes cuestiones: ¿Puede ser juzgado Luis XVI? ¿Quien debe juzgarle? ¿Y de que modo se ha de juzgar? Se abrió inmediatamente la discusion, y se empezó por examinar separadamente la primera cuestion; pero alargándose demasiado la deliberacion, se permitió á los oradores tratarlas todas á un tiempo, y se oyéron una multitud de discursos en los dos sentidos. El lenguaje de los enemigos del rey era de tal modo apasionado, que era escandaloso ver que se constituian jueces estos hombres que se habian pronunciado tan violentos enemigos suyos. Manuel, Lanjuinais, y otros muchos diputados, sostuviéron que la Convencion no tenia derecho de juzgar á